

XXVIII.
MADRE TONTA Y MAESTRA MUDA:
SOBRE EL *LOGOS* EN LA NATURALEZA

La naturaleza es una *madre tonta* y una *maestra muda*. En realidad, sólo la cumbre de lo natural, que es lo racional,³³⁶ permite escuchar a la naturaleza y descifrar su inteligibilidad intrínseca, que remite a la Inteligencia Creadora. En el hombre se da el *logos*, se da la razón que puede comprender lo inteligible que hay en la naturaleza física. La naturaleza, incluso cuando alguien pueda considerarla como la “madre naturaleza”, hablando metafóricamente, es el lugar en el cual el hombre nace. Según la tradición judeocristiana, es el ámbito en el cual el hombre es creado como ser que supera toda la naturaleza. En efecto, lo superior, que es el hombre, no emerge en forma automática de lo inferior, que es la materia. Por lo tanto, incluso si el hombre pudiera considerarse, de alguna manera, como hijo de la naturaleza, no lo es de un modo esencial, porque su propio ser no procede en lo fundamental de la naturaleza física. Esto se manifiesta en que la naturaleza subhumana no tiene inteligencia. La inteligencia no puede proceder de ella, ya que, a juicio de Aristóteles, es algo divino y viene de afuera: “Queda, entonces, que solo el intelecto se incorpore después desde fuera y que solo él sea divino, pues en su actividad no participa para nada la actividad corporal”.³³⁷

Es el hombre el que tiene la inteligencia y capta lo inteligible que hay en la naturaleza. Es el hombre el que se maravilla del orden en el cosmos. También podemos hablar de la naturaleza como maestra, porque aprendemos muchas cosas de ella; pero es una maestra muda —si se me permite el cinismo—, porque está abierta por sí misma a muchas interpretaciones, y es el hombre, con su inteligencia, el que da esas interpretaciones a la naturaleza. El hombre aprende de la naturaleza porque él tiene el *logos* que la interpreta, que la comprende, que actualiza la inteligibilidad ínsita en ella como he-

³³⁶ Cfr. Spaemann, Robert, *Lo natural y lo racional*, trad. de Daniel Innerarity y Javier Olmo, Santiago, IES, 2011, p. 28.

³³⁷ *De gen. an.*, II, 3, 736b27-29.

chura de la Inteligencia Creadora. Esta concepción de la naturaleza como algo inteligible plantea un problema acerca del hombre: ¿cuál es el lugar del hombre en toda esta naturaleza física? Fundamentalmente dos visiones disputan acerca de su puesto en el cosmos. Una es la del hombre como otro montón más de materia, una ameba gigante, el hombre como el último producto vomitado por la madre naturaleza, sin ningún orden, sin ninguna diferenciación, sin ninguna superioridad. En esta visión, el *logos* no es más que algo que emerge de la materia. El hombre contemporáneo está continuamente sometido a esta propaganda. Le dicen que, si se siente bien, es porque tiene suficientes neurotransmisores en el cerebro; si se siente mal, es porque hay un déficit de ese neurotransmisor. A nuestros contemporáneos les dicen continuamente que son unos monos evolucionados, unos chispazos de inteligencia emergente a partir de una combinación afortunada de elementos químicos, y lo que terminan por creer, a veces, cuando piensan en sí mismos, es que el espíritu no es más que una emanación de la materia.

La otra visión es la del *logos* como algo que viene de fuera y que es superior a lo meramente material.³³⁸ Esta es la idea del hombre como ser creado, como imagen y semejanza de Dios. Esta concepción está presente de un modo explícito, claro, en la revelación judeocristiana; pero no deja de aparecer en tradiciones paganas que llegan a esa convicción por el uso de su razón, por el sentido común, por la sabiduría ancestral. Platón, por ejemplo, concibe el alma como un espíritu que cae en un cuerpo y que no procede del cuerpo. Es muy discutible el dualismo platónico, su concepción del cuerpo como una cosa constituida en sí y del alma como otra cosa constituida en sí, que se mete en un cuerpo. Los dualismos, sin embargo, que no se dan nada más en Platón, sino también en muchas otras filosofías y sabidurías antiguas, tienen un fundamento, que es la conciencia del carácter externo a la materia que tiene el *logos*, es decir, el verbo, la palabra, la inteligencia. Aristóteles, en cambio, disintiendo de su maestro, se da cuenta de que el hombre es una unidad indisoluble de materia y alma; pero, igual que Platón, reconoce que el *logos* no puede venir de la materia, como ya hemos visto. Ni Platón ni Aristóteles tienen la revelación judeocristiana como para formular esa visión del modo tan fuerte al que quizá estamos acostumbrados: el hombre, como varón y como mujer, y como quien da nombre y domina todas las criaturas, es imagen y semejanza de Dios.³³⁹ Eso es lo que intuyen, no obstante, cuando afirman que el *logos* viene de fuera, que es algo divino;

³³⁸ Cfr. *Fedón*, 80a y ss. y DA II 1.

³³⁹ Cfr. *Gn.*, 1: 27-28.

que el hombre no se reduce a la naturaleza. En la razón alcanza todo el resto de la naturaleza su culminación, su altura más destacada, eminente. Es curioso que esta misma razón lleve a algunos hombres a interpretarse a sí mismos como simples resultados de la evolución de la naturaleza. Es como una razón que se rebaja a sí misma, una razón que hace lo que nada del resto de la naturaleza podría hacer, y, con todo, piensa que no es más que el resto de la naturaleza. Es una paradoja que solamente el hombre, probando la capacidad de su razón, pueda considerarse a sí mismo igual o inferior a toda la naturaleza física, mientras que ningún otro ser en la naturaleza puede interpretarse a sí mismo.

La visión clásica, tanto revelada como pagana, es que la naturaleza culmina en el *logos*, pero el *logos* viene de fuera. El *logos* se distingue claramente de la materia. La inteligencia no es causada por sus condiciones materiales. Por cierto, las condiciones materiales son necesarias, precisamente como condiciones y no como causas, para el desarrollo de la inteligencia. Sin adecuada alimentación y socialización, el niño humano no despierta al acto intelectual, o lo hace muy pobremente. Pero no hay que confundir las condiciones con las causas. No hay que confundir los reflejos biológicos de la actividad intelectual con la misma actividad intelectual. En el matrimonio, por ejemplo, una persona adopta un proyecto de vida de manera consciente y libre, y eso puede producirle una emoción especial, y este sentimiento puede hacerle latir el corazón; pero no hay que confundir todos esos reflejos psicosomáticos de una decisión libre con la decisión libre misma.

En la actualidad hay quienes piensan que lo que nosotros pensamos como libertad no es más que nuestra falta de conciencia de los mecanismos químicos que actúan en nuestro cerebro.³⁴⁰ Cometan una falacia tremenda, que es que, tras medir las alteraciones químicas que se producen cuando las personas adoptan decisiones que creen que son libres, piensan que la decisión está determinada por esos movimientos químicos. Contra esto podemos observar que basta un poco de lógica para advertir que simplemente no se sigue: de que dos fenómenos se den unidos o contiguos en el espacio o en el tiempo no se sigue que uno sea consecuencia o causa del otro, y menos que sean lo mismo. Lo que la filosofía clásica ha afirmado siempre es que

³⁴⁰ Sobre estas reducciones de la libertad, véanse Río, Manuel, *Estudio sobre la Libertad Humana: Anthropos y anagke*, Buenos Aires, Sociedad Anónima de Impresiones Generales, 1955, cap. XXIV “El determinismo científico y la libertad psíquica”, pp. 327-340; García Cuadrado, *Antropología filosófica*, cit., pp. 153 y 154; Choza, Jacinto, *Manual de Antropología Filosófica*, Madrid, Rialp, 1988, pp. 380-388, y Llano Cifuentes, Carlos, *Las formas actuales de la libertad*, México, Trillas, 1990, pp. 20-23.

entre lo cualitativo y lo cuantitativo, entre lo formal y lo material, entre el alma espiritual y el cuerpo o la materia prima informada por esa alma, hay una unión indisoluble —esto es, salvo con la muerte—, de tal manera que un cambio originado en el cuerpo puede afectar hasta lo más espiritual de una persona, y, asimismo, un cambio originado en el espíritu, como puede ser un pensamiento, una decisión libre, puede afectar hasta lo más material de la persona.³⁴¹

Nosotros, si nos examinamos como las personas sabias, deteniéndonos de modo calmado, vamos a ver que a veces, en efecto, porque ha habido algún cambio en las circunstancias físicas de nuestra vida, nuestra alma se ha visto afectada. Puede haber una depresión porque a alguien le falta litio o algún neurotransmisor especial. Pero puede pasar asimismo al revés: puede suceder que una persona adopte libremente decisiones que afecten a su cuerpo y terminen en que le falte litio o algún otro neurotransmisor. Por eso, hace falta alguien que pueda ver las cosas unitariamente. Un anciano y experimentado médico contaba, en cierta ocasión, que pocos médicos están viendo a la persona en su totalidad. El psiquiatra recibe a su paciente y ve una serie de síntomas, los tabula, y le dice, por ejemplo, a usted le falta dopamina, y le da unas pastillas; le sube los niveles y la persona funciona un poco mejor. El problema que advertía ese viejo doctor era que había experimentado, durante toda su carrera como médico, que mucha gente no era bien tratada desde el punto de vista psiquiátrico porque no era tratada como persona, es decir, porque las dimensiones que excedían lo psicoanalítico o lo fisicoquímico o lo conductual, esas dimensiones no eran vistas por el médico.

La incomprensión de la naturaleza como inteligible puede llevar, pues, a una profunda incomprensión del hombre como culmen de la naturaleza. Y la incomprensión del hombre puede retroalimentar una concepción distorsionada de la naturaleza física. Es menester, pues, emprender una reflexión sobre el hombre; abordar esos puntos fundamentales que demuestran la posición especial del hombre en el resto de la creación, y así, indirectamente, refutar las visiones del hombre como un mero agregado de células o como un mero producto de la evolución de una naturaleza caótica. De esta manera, se puede recuperar un poco de la autoestima colectiva, advertir que estamos a cargo de la naturaleza creada. Si tenemos el deber de no destruirla

³⁴¹ Cfr. Lamas, Félix Adolfo, *El hombre y su conducta*, Buenos Aires, Instituto de Estudios Filosóficos “Santo Tomás de Aquino”, 2013, pp. 40-42; y Choza, *Manual de antropología filosófica*, cit., p. 118.

y de cuidarla es porque estamos a cargo y porque ella está al servicio de una vida más humana; no de una vida más bestial. Si sólo fuéramos un producto de la evolución caótica, y no tuviéramos un *logos* que viene de fuera, entonces sería tan absurdo exigirnos deberes de cuidado sobre la naturaleza como es exigirselos a las arañas, a los leones o a los elefantes.

La naturaleza es una madre tonta y una maestra muda, salvo que por ella nos hable el *Logos* que le viene de fuera.